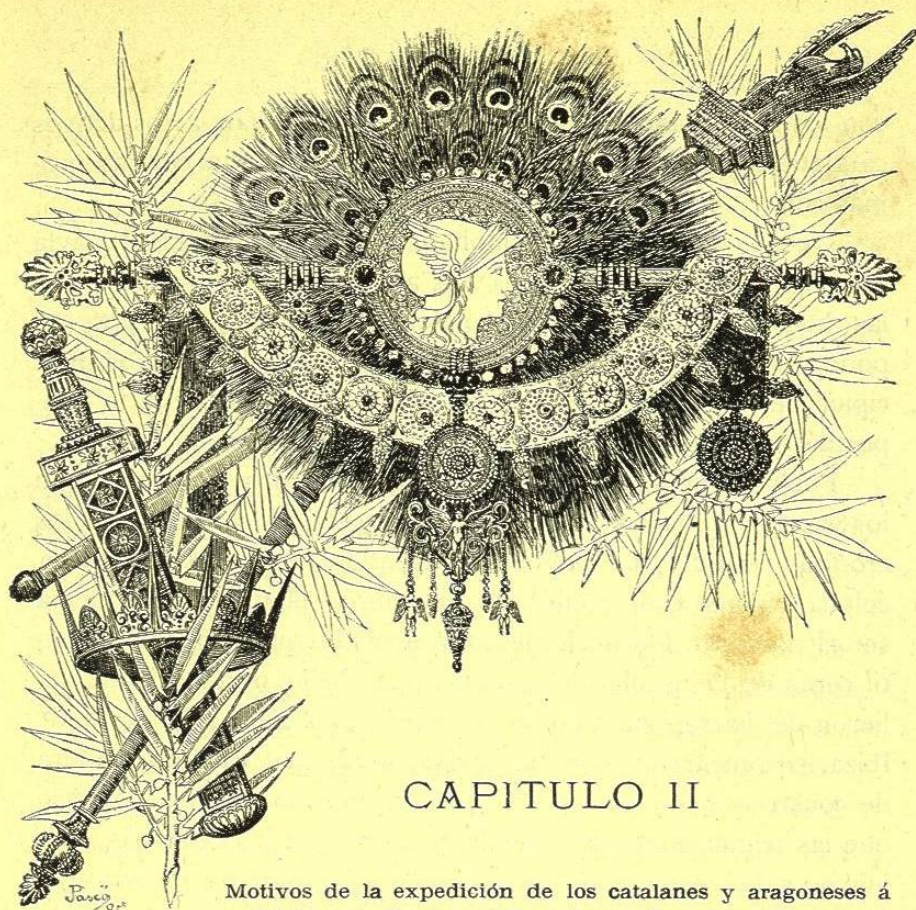


aún; la fama de la fertilidad y riqueza de las islas, grandísima, y vehementes los deseos de estrenarse con semejante jornada: así que bastaron insultos dados y recibidos para plantar en Mallorca las barras aragonesas.



CAPITULO II

Motivos de la expedición de los catalanes y aragoneses á Mallorca.—Cortes en Barcelona.—Aprestos.—Embarque de los cruzados.—Travesía.—Victorias.—Sitio y toma de Palma.—Repartimiento.—Reflexiones generales sobre la dominación árabe en aquella isla.

DESDE que el conde D. Ramón Berenguer *el Grande* se aventuró el primero al mar, y llevó sus valientes catalanes á la conquista de las Baleares, la toma de éstas vino á ser la idea favorita y hereditaria de sus sucesores, que dieron todas claras muestras de quererla poner por obra. Á ninguno le cupo la gloria de efectuar la jornada; pero sus tentativas no fueron infructuosas. La continua zozobra, en que las armas cristianas aragonesas les tenían, forzó á los moros isleños á ser más cautos y menos frecuentes en sus piraterías, y á asentar á menudo

con los monarcas de Aragón treguas, que abrían á los activos catalanes el tráfico con las costas de África y aun con las mismas islas.

Dueños de ellas los almohades, no aleccionados todavía como sus antiguos contrarios los almoravides por el rigor de las huestes cristianas, primero debieron de tener en poco el poder de Aragón; y desgraciadamente para ellos, en los principios del reinado de D. Jaime I atrajeron sobre la isla la tempestad que por tanto tiempo la había amenazado.

Poco escrupulosos en guardar los convenios celebrados con los vasallos de la corona aragonesa, según del contexto de las crónicas resulta, ya traían ellos resentido al comercio de Barcelona, cuando éste recibió de los moros el ultraje que debía ser el postrero. Deshecha la corta armada que cooperó al inútil cerco de Peñíscola, dos saetías, que á ella pertenecieran, salieron de Tarragona á corso; y como aportasen á la costa de Ibiza, encontráronse con una tarida mora, que cargaba madera de construcción, y una galera que iba en su custodia. Aconteció que las tripulaciones sarracenas denostaron á las catalanas, bien que no sabemos si dió lugar al insulto el proceder de los cristianos, que no creemos fuese el más amistoso y comedido si á la ojeriza que á los baleares profesaban se atiende, y á que llegaban de una expedición frustrada: vinieron á las manos, huyó la galera como más desembarazada y pronta, y las saetías lleváronse presa la tarida. Furioso al saberlo el walí ó emir apresó á pocos días una nave barcelonesa, que con rica cargazón arribaba de Bujía; y despachando algunas galeras, cúpole igual suerte en las aguas de Ibiza á otra nave de Barcelona, que con muchas riquezas hacía rumbo á Ceuta.

Apenas se supieron en la capital de Cataluña estas dos presas, que agravaban los daños recibidos de los baleares, alborotóse el comercio todo, y acudió al rey, á quien dió cuenta así de lo entonces sucedido como del perjuicio que ya antes causaban aquellos infieles á los intereses del condado. Sintiólo don

Jaime, y mandando armar una fusta de cuarenta remos, envió en ella á Mallorca un caballero de su casa, para que obtuviese reparación del suceso, ó amenazase con las armas. Puesto el embajador en presencia del walí, á quien los cronistas cristianos apellidan Retabohihe ó Jeque Abohihe, y cuyo verdadero nombre veremos después, como al hacer su demanda mentase á su soberano, preguntóle el moro con desdén que de qué rey le hablaba.—«De D. Jaime, rey de Aragón, hijo de aquel D. Pedro que en la memorable batalla del Muradal destrozó un grande ejército de los vuestros», repuso el caballero, con tanto enojo del walí, que en poco estuvo de poner las manos en el enviado. Mas cediendo á lo que la prudencia y el derecho de gentes aconsejaban, mirólo el walí, y quiso tener acuerdo antes de dar una contestación; para lo cual llamó á los mercaderes genoveses, pisanos y provenzales, que á la sazón traficaban sobre seguro en Mallorca, y reunidos les dió razón del mensaje, pidiéndoles que pues eran cristianos y frecuentaban los puertos y tierras del aragonés, le dijesen del poderío de Jaime, si debía satisfacerle, y qué se podía temer de sus armas. En esto levantóse un genovés, y hablando por todos, dijo: «no hay que temer al de Aragón, que cierto es rey de flaco poderío; y bien lo demuestra que no há mucho sitió un mal castillejo, que Peñíscola ha por nombre, y hubo de alzar el campo sin rendirlo. Así, pues, nada se devuelva de lo que se les haya tomado á sus gentes (1).» Hízolo el moro como lo dijo el genovés; y el mensajero volvióse para el rey, que entre tanto entendía en lo de restituir el condado de Urgel á D.^a Aurembiax, y quedó resuelta la guerra contra el de Mallorca.

Así motivan el paso de los catalanes y aragoneses á las Baleares los cronistas, siguiendo lo que dejó escrito el caballero Bernardo D'Esclot; mas, en nuestro sentir, no se debe atribuir exclusivamente á aquel hecho la realización de la jornada. No

(1) Véase el núm. 9 del Apéndice.

que el suceso referido no aconteciese entonces; pero las pirateñas y los apresamientos fueron tan comunes durante aquellos siglos aun entre las potencias que estaban en plena paz, que los archivos rebosan en cartas, tratados, poderes y remisiones mutuas sobre daños y violencias al comercio sobrevenidos. Ni las preciosas memorias que de sus propios hechos escribió D. Jaime, ni la crónica de Marsilio mencionan ni señalan aquel motivo á la toma de las Baleares: y pues ellas son los principales documentos en que la historia de la expedición ha de fundarse (1), sin duda no se debió ésta á la sola altiva contestación que dió el walí al embajador. Bien á pesar nuestro, ponemos la mano vacilante y respetuosa en esta bella página, ó llámese flor, que tales es para nosotros, de la crónica; pero creemos, y el concurso de los acontecimientos lo irá demostrando, que entre las causas de aquella jornada cúpole principal parte á la política, y que el insulto del balear sólo agravó los ya recibidos, y no fué cuando más sino un despertador de los deseos que de pasar el mar en demanda de las islas en todos los corazones dormitaban (a).

(1) Aunque ya por lo que antecede se habrá echado de ver cuál es nuestro sistema en tratar la historia, permítasenos indicar aquí que, cuando faltan los documentos diplomáticos, acudimos á las crónicas que más crédito merecen, y que por lo mismo clasificamos por este orden: 1.º Crónica del rey D. Jaime; 2.º Crónica de fray Pedro Marsilio (latina y catalana); 3.º Crónica de D' Esclot, y 4.º Zurita y demás cronistas.

(a) Veamos acerca de dichas causas el relato de las historias arábigas, copiando un pasaje de Almakkarí, que sobreponiéndose al espíritu nacional, reprende la presunción del walí sarraceno: «Hacia fin del mes de Dylhagia del 623 (Diciembre de 1227) llegaron noticias de haber aparecido á vista de Ibiza un bajel de Barcelona y de haber salido también con él otro buque de Tortosa. Con esta nueva, Mohamed (este nombre da al walí que en otra parte llama Abu-Yahia) despachó á su hijo al frente de algunos bajeles armados para dar caza al enemigo; y entrado en el puerto de Ibiza el hijo de Mohamed, encontró allí anclada una gran galera genovesa, á la cual atacó y tomó, y en seguida fué en seguimiento de la nave barcelonesa que fué abordada y tomada de la misma manera. El resultado de esta efímera ventaja fué trastornar por completo la cabeza del gobernador de Mallorca, que desde aquel momento se figuró un conquistador y que ningún rey podría resistir sus armas victoriosas, olvidándose el malhadado de que era como el camello herido con la maldición de esterilidad, y que los cristianos no dejarían de tomar con creces venganza de las injurias inferidas. Y así sucedió, porque el pueblo de Barcelona, tan pronto como supo la aprensión de la nave, dijo á su rey, que

Crecía más y más la discordia, que desde la muerte de El Nasr reinaba entre los almohades; y una vez rotos los diques á la obediencia, el consejo de los jeques, que fué el principal vicio del gobierno de aquella secta, dispuso á su antojo del cetro, que arrancó y traspasó de unas manos á otras. Tras el fallecimiento de El Mostansir, hijo de El Nasr, salieron á plaza las ambiciones y los odios particulares; y á favor de la turbación común, levantaron la cabeza en España los que se creían con derecho al califazgo, los que tenían ofensas que vengar y reinos que recobrar, y los que sólo á la independencia de sus estados aspiraban. Acuden á las armas los partidos, pelean con varia fortuna, bien que al principio contraria á los defensores del nuevo emir ó califa El Mamún; y tanto prosperan los sublevados, que el walí de Valencia Cid-Abu-Mohamed-ben-el-Mansur ó Almanzor, hermano de aquel príncipe, se procura la amistad del rey D. Jaime, y como luego veremos, en las fuerzas del cristiano cifra su propia conservación.

Por aquel entonces el monarca aragonés, que con gran renombre de justiciero acababa de restituir á D.^a Aurembiax el condado de Urgel, quitado por él mismo á viva fuerza á su ilegítimo poseedor D. Guerao de Cabrera, vínose á Tarragona, á donde acudieron la mayor parte de los barones y nobles de Cataluña á la fama de la justicia del joven soberano, cuya actividad y ahínco en ejecutarla con sus propias armas tal vez temían al paso que los celebraban: y como á no pocos trajo el deseo de componer sus pleitos y diferencias, hubo allí tanta reunión de gente cortesana y de las villas, cual si se hubiese convocado

era de la descendencia de Alfonso: «¿Qué hace el rey al ver á sus súbditos vejados de esta manera? Prontos estamos á asistirlos con personas y bienes en vindicación de este insulto.» El rey, cogiéndolos de la palabra, levantó inmediatamente un ejército de veinte mil hombres en sus dominios, y habiendo equipado una considerable flota, hizose á la vela para Mallorca con unos diez y seis mil soldados. En el número de las tropas, no menos que de las naves expedicionarias, convienen con nuestras historias las de los infieles.

general parlamento. Convidó al rey y á todos los barones Pedro Martell, ciudadano de Barcelona, varon muy práctico en cosas de mar (1); y como desde la pieza en donde se celebraba el banquete se extendía la vista por el golfo, avino que de sobremesa y levantado y apartado ya D. Jaime, recayó la conversación sobre las islas Baleares, y á Pedro Martell, que en ellas había estado más de una vez, le pidieron les dijese de su extensión, población y riqueza. Satisfízoles largamente el barcelonés; y con tanta copia y viveza de razones se las describió (2), que yéndose todos para el rey narráronle la plática habida, y poniéndole por delante lo que á Dios y á su fe debían, procuraron mover su ánimo á la conquista de Mallorca con dos razones: el acrecentamiento de sus estados, y la fama que sus armas cobrarían ganando un reino de en medio de las aguas. Y tanto y tan bien dijeron, que entusiasmado el joven monarca con lo glorioso y arriesgado de la empresa, vino en ello, y para tratar del negocio llamó á los catalanes á cortes generales en Barcelona para el mes de Diciembre.

Reunidos en el antiguo palacio condal los tres estamentos ó brazos,—el eclesiástico, el militar y el real ó de las ciudades y villas; como ya, sino se acertaba enteramente, se traslucía el asunto que motivaba aquella convocatoria, pues no todos los barones debieron de ser fieles al secreto, era general la ansiedad cuando entró el rey en la sala, y sentándose en su silla, después de invocar el favor del cielo, dijo: «Cierta y notoria

(1) Las crónicas de D. Jaime y Marsilio le apellidan conde de Salses (a).

Del contexto de la crónica del rey, impresa en Valencia en 1557, resulta que D. Jaime fué quien convidó á Martell y á los demás cortesanos; pero esta es una de las varias equivocaciones que en aquella edición se padecieron, de lo cual nos cercioramos cotejándola con el códice manuscrito del siglo xv, que se custodia en Barcelona, en la Biblioteca de San Juan.

(2) Véase el núm. 10 del *Apéndice*.

(a) *Cómit de galeas* y no *comte de Salses* pone la crónica del rey D. Jaime, que leyeron mal los curiosos del siglo xvi sin reparar en la novedad é inverosimilitud del título, y copió mal la edición valenciana del 1557, la cual comete otra equivocación más, haciendo á Martell ciudadano de Barcelona que lo era de Tarragona.

» cosa es que á la virtud de Dios se debió nuestro nacimiento,
 » pues en verdad voluntad suya fué que, cuando nuestro padre
 » no quería bien á nuestra madre, viniésemos al mundo; aunque
 » omitimos por prolijos los sucesos y maravillas en nuestro naci-
 » miento acaecidos. Pero bien por cierto sabéis que Nos somos
 » vuestro Señor natural, y solo, sin hermano ni hermana, que
 » otros hijos no hubo nuestro padre en nuestra madre: que vi-
 » nimos acá entre vosotros niño de seis años y medio: que halla-
 » mos á Cataluña y Aragón tan turbados, que enemigos unos de
 » otros en todo andaban discordes, sin que estos quisiesen lo
 » que aquellos querían: y que por las cosas pasadas tenáis por
 » todo el mundo la fama perdida y la reputación mancillada.
 » Pues esto, os decimos ahora, sólo con dos medios podemos
 » remediarlo: pidiendo á Dios que enderece á buen fin nuestros
 » esfuerzos; y acometiendo empresa tal, que Nos y vosotros ha-
 » llemos gracia en su presencia, y tan grande y tan buena, que
 » se borre de todo punto vuestra mala fama, porque con el res-
 » plandor de las buenas obras la obscuridad se desvanece. Así,
 » pues, por Dios y los vínculos de naturaleza que con vosotros
 » nos unen, encarecidamente os rogamos nos deis consejo y
 » ayuda en tres cosas: que podamos meter y asentar paz en
 » nuestras tierras; que sirvamos al Señor con el paso que al
 » reino de Mallorca y á sus islas queremos poner por obra; y
 » que, prestándome vosotros los auxilios que conceptuéis pro-
 » porcionados á vuestras fuerzas, juntos acordemos los medios
 » de realizarlo de manera que podamos á honor de Dios llevarlo
 » á cabo» (1).

El arzobispo de Tarragona por la clerecía, D. Guillén de Moncada por la nobleza, y Berenguer Girard ciudadano barcelonés por las ciudades, fueron respondiendo al rey; agradeciéronle su buen propósito en tan tierna edad (2), y pidiéronle es-

(1) Ya habrá conocido el lector que traducimos casi literalmente el razonamiento tal cual lo trae la crónica del rey.

(2) Rayaba entonces en los veintiún años.

pacio para pensarlo con madurez: y resolviéndose á propuesta del arzobispo que cada estamento deliberase por separado, dividióse el congreso.

Los nobles, de quienes había salido la primera proposición de ir á Mallorca, temerosos de que ni los eclesiásticos ni los ciudadanos tal vez secundarían su fervor, valiéronse entonces de un ardid cortesano, bien disculpable en quienes la religión y el honor lo eran todo; y fué, que viniendo de allí á tres días á palacio de secreto y al anochecer, llevó la voz el conde de Ampurias, y con notable concisión y entereza de palabras, dijo: «Señor, primero que á vuestra plática los nobles respondan, oíd lo que ahora os digo. Si hombres en el mundo han mala fama, esta tenemos nosotros de buena que la solíamos tener. Ya que acá entre nosotros venisteis como nuestro Señor natural, menester es que con nuestra ayuda hagáis tales obras, que recobremos la prez perdida; y bien entiendo la recobramos, si con nuestra ayuda conquistáis un reino de sarracenos que en medio del mar esté: que esta será la mayor hazaña que en cien años hicieron cristianos. Y como quiera que sea, vale más que muramos recobrando la prez y bondad que solían haber nuestras casas y nosotros, que vivir en el descrédito en que estamos: por lo cual sé deciros que nuestro voto y nuestro consejo son que la empresa se lleve á cabo por todos los medios posibles.» Hablaron también otros barones; y quedando acordado que se convocase el parlamento la mañana siguiente, se convino en que ellos darían su voto antes que el clero y los ciudadanos, á fin de que su ejemplo fuese estímulo á los animosos, y vergüenza á los apocados que intentasen retraerse.

Barcelona esperaba con impaciencia la resolución de las Cortes, pues mucho fables en ella á su comercio y marina; y como cada brazo aquellos tres días mantuvo no interrumpidas deliberaciones, crecían la ansiedad y el interés, cuanto el misterio, las reuniones y las consultas de los diputados. Al fin, celebrados y oídos los oficios divinos, reunióse el parlamento en

palacio: y poniéndose en pie Guillén de Moncada, aprobó la proposición del rey, y contestando á las tres cosas que éste les había pedido en la sesión pasada, manifestóle que debía pacificar primeramente sus tierras; dijo que se apuntasen los que quisiesen participar de las treguas y de la jornada; que si alguien en Cataluña se negase á estar á las treguas, harían que estuviese á ellas de buen ó de mal grado; que tomase sobre sus estados el *bovaje* (1), que, si bien lo cobró á su advenimiento al trono, ahora se lo daba como una gracia y donativo. En nombre de su linaje y suyo ofreció que le serviría con cuatrocientos caballeros, y que no le abandonaría hasta que del todo hubiese conquistado Mallorca y las demás islas; y acabó pidiendo le concediese en lo que se ganase, así en bienes raíces como en muebles, parte proporcionada á sus servicios (2). El conde de Rosellón, D. Nuño Sánchez, entró confirmando lo dicho por el Moncada acerca de la paz, y prometiendo treguas y el bovaje extraordinario por todos sus estados, puso á la disposición del soberano su persona y cien caballeros, y pidió ser á la parte de lo que se ganase. El conde de Ampurias refirióse á lo expuesto por su pariente el Moncada; ofreció pasar á la isla con mil peones y veinte ballesteros á caballo, y con setenta caballeros que entrarían en el número de los cuatrocientos, que don Guillén prometió aprontar por sí y por los de su linaje.

Entonces mostró la clerecía cuanto deseaba la propagación de la fe cristiana y el acrecentamiento del rey y de su gloria; y bien se vió que también en esa ocasión fué quien dió mayor im-

(1) El *bovaje*, dice Zurita, «era cierto servicio que se hizo en reconocimiento de señorío á los reyes al principio de su reinado, en el cual contribuían los eclesiásticos, y las ciudades y villas del principado de Cataluña (*también los nobles*), y comprendía todos los lugares desde Segre á Salsas. Pagábase este servicio por las juntas de bueyes, de donde tomó el nombre, y por las cabezas de ganado mayor y menor, y por los bienes muebles cierta suma, la cual se fué variando conforme á los tiempos.» *Anales de Arag.*, lib. 2, cap. 69.

(2) D'Esclot difiere un tanto en las pláticas de Moncada y de D. Nuño Sánchez; y como lo que pone en su boca nos parece muy oportuno y verosímil, lo continuamos en el número 11 del *Apéndice*.

pulso á la empresa, como lo había dado á las pasadas. Moviése regocijado el anciano Aspargo, arzobispo de Tarragona: prorrumpiendo enternecido en las palabras con que Simeón tomó á Jesús en sus brazos, alabó el propósito del mozo D. Jaime; y bien que con su mucha edad é inexperiencia en las armas se excusó de asistir personalmente á la conquista, en su nombre y de su iglesia tarraconense dijo al rey que mandase y dispusiese en sus bienes y hombres como suyos, y dió licencia de que participasen de aquella cuantos eclesiásticos lo desearan. Prometió con todo socorrerle con mil marcos de oro, quinientas cargas de trigo, cien caballeros bien armados, y mil infantes lanceros y ballesteros, todos pagados y proveídos hasta que se acabase de conquistar la isla. El obispo de Barcelona, D. Berenguer de Palou, fué el primero que se aprovechó de la licencia concedida por Aspargo; y en un razonamiento tan notable por su brevedad, firmeza y celo religioso como propio del valor de que ya en lances de guerra había hecho prueba (1), ofreció su persona, cien caballeros, mil peones y socorros de mar. Este ofrecimiento fué como la señal para los demás eclesiásticos, que á porfía fueron prometiendo sus auxilios: el obispo de Gerona, que capitanearía treinta caballeros; el abad de San Feló de Guíxoles, cinco; el paborde de Tarragona, cuatro y una galera; el arcediano de Barcelona, diez y doscientos infantes; el sacrista de Gerona, diez y los peones que pudiese; y así otros abades, priores y dignidades, que además casi todos dijeron asistirían al rey con sus personas.

(1) Este gran prelado, ya en el primer año de su obispado, se halló en la famosa batalla de las Navas al frente de cuarenta caballeros y mil infantes; en la empresa de Burriana sirvió á D. Jaime con setenta caballeros y setecientos de á pie; y en la de Peñíscola, el rey vino á darle el cargo de todas las fuerzas, y el obispo trajo de su cuenta sesenta jinetes y ochocientos peones. Ya veremos cuánto contribuyó á la toma de Mallorca. Este ardor guerrero en nada disminuyó su pureza de costumbres ni su religiosidad, como que de esta nació: contribuyó á fundar la orden de la Merced y otros conventos religiosos; y falleciendo por Setiembre de 1241, le enterraron en la capilla de San Miguel en la Catedral de Barcelona.

Si los razonamientos de tres ricos hombres habían precedido y en cierta manera motivado las generosas ofertas del estamento eclesiástico, no venció éste en largueza ni en fervor á los restantes individuos de la alta nobleza. Ramón de Moncada juró gastar en la demanda cuanto tenía y esperaba, y llevar consigo veinticinco caballeros; Francisco de Santmartí y Guillelmo de Cervellón dijeron que serían con el rey con cien caballeros; Ramón Berenguer de Ager ofreció incorporar otros veinticinco á los de Ramón de Moncada; Berenguer de Santa Eugenia y Gilaberto de Cruilles se obligaron á mandar treinta caballeros; Hugo de Mataplana y Galcerán de Pinós, cincuenta; treinta Raimundo de Alamany y Guillelmo de Claramunt; y ningunos desmintieron ni el valor heredado de sus mayores, ni lo que de su desprendimiento y devoción á las cosas de la fe y del rey se esperaba.

Al fin cúpoles el turno á las ciudades, de las cuales sólo Barcelona, Tarragona y Tortosa tenían diputados en aquellas Cortes. Levantóse el ciudadano Pedro Grony, y en nombre de la capital de Cataluña ofreció por entonces todas las *corces*, naves y leños que hubiese en la ciudad, dejando para después la relación de los demás socorros con que ésta quería cooperar á la expedición, que «serán tales, dijo, que por siempre nos lo agradeceréis.» Tarragona y Tortosa atuviéronse á lo que el barcelonés expuso. Y cierto, fueron cuantiosos los socorros prometidos, pues la ciudad levantó dos mil infantes y costeó casi todo el armamento naval, que más abajo habremos de enumerar; y bien justificó el rey las palabras del Pedro Grony, ya que tomada Mallorca, por Enero de 1230 les concedió á los barceloneses por sus servicios el libre y franco comercio por mar y por tierra en las Baleares (1). Mas no fueron aquellos ciudadanos los únicos que aprestaron auxilios navales, que alguna parte les alcanzó á los provenzales en los armamentos; y muchos de los pre-

(1) Véase el número 12 del *Apéndice*.

lados y barones, bien que la historia no particulariza lo que en este punto prometieron, mentaron gente de mar en sus arengas, acabándolas con pedir que de lo conquistado se les repartiese según el número de caballeros, infantes, barcos y marineros que hubiesen traído á la expedición (1).

Gozoso el rey, agradeció á los tres brazos el mucho amor que le mostraban y el interés que en sus cosas ponían; ofreció llevar doscientos caballeros aragoneses, muy buenos y valientes, y gentilmente arreados de buenos caballos y ricas armas, quinientos donceles montados, cuanta infantería fuese menester, ingenios de batir, y muchos ingenieros; dijo que, si Dios le alargaba la vida hasta entonces, antes de un año estaría en Mallorca; y finalizó con rogarles que allí mismo fijasen el plazo más corto posible, en que todos se reunirían para hacerse á la vela.

Unánimes contestaron que estaban prontos á fijar el plazo; pero pidieron que el rey hiciese extender el acta, en que se les asegurase porción de la conquista según los servicios de cada uno. Parecióle bien á D. Jaime: hízose el convenio; acordóse que en la última semana de Mayo estarían todos en Salou y Tarragona; nombráronse quienes debían entender en el señalamiento de las porciones, que fueron el obispo de Barcelona, el conde Nuño Sánchez, el de Ampurias, el vizconde de Bearne Guillén de Moncada, el de Cardona Ramón Folch, y Guillermo de Cervera; reservóse el rey para sí, amén de la porción que le correspondiese y del dominio como soberano en todo, los alcázares, castillos y aposentos reales, que en los lugares conquis-

(1) De ahí se deduce también que la mayor parte, aunque sólo especificaron cuántos caballeros capitanearían en la empresa, alistaron infantería; y aun en lo de los caballeros, no olvide el lector que cada uno traía sus sirvientes, lo cual triplicaba, á lo menos, el número de hombres armados. Ya así lo insinuaron algunos en las arengas y en las firmas del convenio, que en seguida se menciona en el texto, pues al nombrar y escribir *caballeros* dijeron también y pusieron *con sus sirvientes*. El rey, que cargó con el mayor peso de la empresa, al afirmar el convenio sólo indicó que llevaría doscientos caballos.

tados hubiese; prometió á todos los presentes indemnizarles de todos sus gastos, si él desistía de dar cima á la empresa; y se estableció que los que alcanzasen heredamientos en aquellas tierras, no pudiesen guerrear entre sí mientras allí habitasen (1).

Entonces solemnemente, como dice Marsilio, con voz alegre, devoto el semblante, vueltos á Dios los ojos del corazón y los del cuerpo, en el nombre de Jesucristo y de su perdurable Madre siempre Virgen, y por los Santos Evangelios que delante de sí tenía, juró el rey lo estipulado; y acercándose los demás por su orden, fueron repitiendo el juramento en manos del anciano arzobispo Aspargo, descubiertos los prelados y muy humildes los barones. Ya que hubieron jurado, reinó un profundo y devoto silencio, miráronse unos á otros; y la alegría, de que aquel voto les llenaba, salió por fin afuera con dulces lágrimas que de sus ojos corrían.

Cunde entretanto por palacio la noticia de lo tratado, y pronto lleva el regocijo á la muchedumbre que impaciente lo rodea. La ciudad se conmueve, las nuevas y los dichos se multiplican, los que no estuvieron en palacio van por las calles preguntando qué resolvieron las Cortes, y los que de allí vienen, embargada la voz por el entusiasmo, no aciertan á referirlo, y supliendo las miradas y los ademanes lo que las palabras no alcanzan, todos gritan: ¡á Mallorca! ¡á Mallorca! (2).

Era el 23 de Diciembre de 1228: Barcelona, famosa de muy antiguo por sus fiestas religiosas y cívicas, esperaba con regocijo y devoción la Natividad del Señor; y la resolución de las Cortes trajo nuevo contentamiento.—«Fuéronse todos á comer»—dice sencillamente D'Esclot;—y el día siguiente, apenas cerró la noche, acudieron á palacio, y acompañando al rey pasaron á la iglesia mayor de Santa Cruz, que había encendido

(1) Véase el número 13 del *Apéndice*.

(2) Véase el magnífico capítulo de Marsilio, que copiamos en el núm. 14 del *Apéndice*.